

A todos los que participan en la misión educativa de las escuelas católicas

Queridas hermanas y hermanos:

El pasado 22 de mayo de 2023, el Dicasterio para la Cultura y la Educación y el Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica convocaron en el Vaticano a algunos protagonistas de la red mundial de escuelas católicas, para que relataran en primera persona las potencialidades y las fatigas de la misión educativa, en esta etapa de la historia, descrita por el Papa Francisco no tanto como «una época de cambio, sino un cambio de época». ¿Por qué esta invitación a un tiempo de escucha vino no sólo del dicasterio dedicado a la educación, sino también del dicasterio que se ocupa de la vida consagrada? Porque una parte muy importante de las más de 240.000 escuelas católicas, que hacen de la Iglesia uno de los principales actores mundiales en la educación primaria y secundaria, está dirigida por institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica. La iniciativa conjunta no era sólo estratégica, sino que pretendía, ante todo, respetar la recomendación de la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium*, que invita a «escucharse unos a otros», donde «todos tienen algo que aprender» (n. 4). En aquella ocasión, como organismos de la Santa Sede al servicio del Santo Padre, aprendimos de quienes trabajan en primera línea en la educación; más aún, cada uno de los dos Dicasterios aprendió del otro. Porque dos ojos ven mejor que uno y dos oídos oyen mejor que uno.

Queremos dar las gracias a cuantos dedican los mejores recursos de su vida al gran ministerio de la educación. Gracias a los profesores y a todo el personal no docente que forman la comunidad educativa global, hilos de distintos colores trenzados en un único tapiz. Gracias a todas las familias que, confiando en la competencia educativa de la comunidad cristiana, confían sus hijos e hijas a las escuelas de la Iglesia. Gracias a los obispos, a las diócesis de todo el mundo, a los institutos de vida consagrada y a las sociedades de vida apostólica, que invierten considerables energías humanas y recursos económicos para mantener escuelas antiguas y crear otras nuevas. Vistos desde arriba, los gestos de estos actores –cada uno con su toque y su carisma propios– componen una grandiosa coreografía, con el deseo de que nadie quede excluido de la danza de la vida.

Ciertamente, en la reunión del pasado mayo surgieron también serias dificultades. Algunas de ellas son comunes a todo el mundo, otras lastran determinados contextos: la reciente pandemia sigue haciendo sentir sus efectos, la crisis económica mundial, el decrecimiento demográfico, la pobreza aguda, el desigual acceso a la alimentación, al agua, la sanidad, la educación, la información, la cultura e internet. A ello se añade, al menos en algunas naciones, la falta de reconocimiento de igualdad económica por parte del sistema legislativo a las escuelas no estatales. Además, varias

diócesis de todo el mundo, institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica están experimentando una significativa disminución de vocaciones. Esto tiene ciertamente efectos prácticos complejos, que llevan incluso al cierre o a la alienación de algunas escuelas, con una enorme pérdida de personalidad en el sistema escolar. De hecho, cuando se cierra un colegio diocesano o religioso, se borran del ambiente educativo las huellas de la historia de esa Iglesia local, del carisma inconfundible de esa familia religiosa. En un contexto en el que, especialmente en Occidente, asistimos al doloroso cierre de algunas iglesias, podría decirse, con las debidas distinciones, que cerrar una escuela es casi como cerrar una iglesia, un lugar que identifica y custodia una porción de esperanza. Por último, se ha señalado que circunstancias, oportunidades y problemas sin precedentes hacen más difícil, en algunos casos, expresar la identidad cristiana y católica de un modo dialogante pero firme, seguro pero afable.

La situación puede asustar, sobre todo por la rapidez de sus efectos. Sin embargo, recordemos que es precisamente a partir de situaciones terribles –como el caos previo a la Creación (Gn 1,2)– de donde Dios saca sus obras más asombrosas. La lectura de ciertos datos que describen la realidad podría ofuscar la esperanza; sin embargo, lo que a primera vista paraliza los ánimos, en realidad puede presentarse como «bloques de salida» que favorecen un nuevo impulso hacia adelante. Por ejemplo, el complejo contexto en el que estamos llamados a trabajar como escuelas católicas podría favorecer una mayor disposición a «hacer coro», como también ha pedido recientemente el Santo Padre a las instituciones académicas pontificias de Roma (Audiencia del 25 de febrero de 2023). Por desgracia, a veces las escuelas católicas actúan en el mismo ámbito no como solistas que, gracias a su timbre vocal único, enriquecen a todo el coro, sino como voces fuera del coro, aisladas, sin contexto; en algunos casos incluso en competencia disonante. Es necesario, y urgente, hacer coro entre los diversos institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica comprometidos en la educación; hacer coro entre los obispos, los párrocos, toda la pastoral diocesana y la riqueza de carismas educativos que garantizan las escuelas pertenecientes a institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica. Es indispensable que el clero, los religiosos, las religiosas y los laicos formen un coro y que a estos últimos se les garantice la posibilidad de hacer resonar la voz educativa de una diócesis e incluso del timbre único de un carisma religioso. A este respecto, exhortamos a poner en marcha iniciativas, incluso de carácter experimental, vibrantes de imaginación y creatividad, abiertas a compartir y al futuro, precisas en el diagnóstico y audaces en la visión. El miedo a los riesgos no debe apagar la audacia; pues la crisis no es el momento de meter la cabeza en la arena, sino de mirar a las estrellas, como Abraham (Génesis 15:5).

En las últimas líneas de esta carta hemos insistido en el «Deber». Sí, todos debemos de alguna manera «hacer coro», con mayor decisión. Y lo hacemos confiados en el potencial y la belleza de la misión educativa, un «derecho inalienable» que favorece la dignidad de la persona humana (*Gravissimum Educationis* 1). Como organismos llamados a ayudar al Santo Padre en el cumplimiento de su ministerio petrino, deseamos, ante todo, animaros. Por ello, recurriremos a modos antiguos y nuevos para escucharos, recorriendo juntos un camino, para que la realidad sea considerada en toda su urgencia y surjan del cuerpo eclesial soluciones para el futuro, aun en contextos exigentes. Que el Espíritu de Cristo ilumine nuestros sentidos, haciéndolos capaces de discernir, imaginar y arriesgar.

Os saludamos con estima agradecida y cercana.

Card. João Braz de Aviz

Prefecto

Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida Apostólica

Card. José Tolentino de Mendonça

Prefecto

Dicasterio para la Cultura y la Educación

✠ José Rodríguez Carballo, O.F.M

Secretario

Mons. Giovanni Cesare Pagazzi

Secretario